

## **PREGÓN 1ª “LEVANTÁ”**

9 de febrero de 2.002

Sra. Presidenta, Sr. Presidente, Sras. y Sres. de la Junta de Gobierno del Paso Morado. Costaleros y Horquilleros de la Hermandad. Cofrades, amigas y amigos.

Permitidme que empiece estas líneas dando las gracias a tantas personas, hombres y mujeres morados y moradas, que con su esfuerzo han hecho posible que hoy nuestra Hermandad, una Hermandad que surgiera en el seno de la Escuela de Cristo hace más de 250 años, siga proclamando en los inicios del siglo XXI la celebración de los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Cristo; a los miembros de la Junta de Gobierno que me han encomendado la difícil y honorable tarea de pregonar la 1ª "levantá" de este año 2002, invitando a todos a que, un año más, iniciemos nuestra andadura por el camino que nos llevará a que nuestros pasos, una vez en la calle, sean la admiración de todos y el orgullo de nuestra Cofradía; también a vosotros, costaleros y horquilleros, que sois los protagonistas esta tarde, y de manera muy especial a mi familia sin cuya ayuda y apoyo no habría podido tomar la decisión de llevar a cabo esta misión.

Nos hemos reunido aquí, en NUESTRA CASA, para hacer una manifestación pública de algo que llevamos muy dentro y que despierta de forma muy señalada cuando se acercan las fechas cuaresmales. Nos hemos reunido para empezar a hacer hombro, a recordar los pasos, las llamadas, las órdenes del capataz, en definitiva, para comenzar una tarea que verá su culminación el Miércoles, Jueves y Viernes Santo, y que no es otra que la de portar nuestras imágenes que son el mismo Jesús y su Santa Madre.

Hace unos días, cuando me dispuse a dar las primeras pinceladas de lo que finalmente serían las palabras que os estoy dirigiendo, pensaba en el sentimiento que induce a cualquiera de nosotros a ser costalero u horquillero, a soportar en su cuello o sobre sus hombros un peso que además del gran esfuerzo que le supone, lacera su piel y su corazón. Mucha gente se pregunta qué es lo que nos mueve a soportar semejante carga sobre nuestro cuerpo durante tantas horas y a un ritmo tan pausado.

Vivimos unos tiempos en los que hemos perdido muchos y sanos valores, habiéndolos sustituido por otros como la competitividad, el pragmatismo, el consumo, la falta de compañerismo o el amor al prójimo, y resulta difícil

entender que doscientas personas se reúnan año tras año para realizar una tarea que no sólo no les reporta beneficio material alguno, sino que además, les supone un enorme sacrificio.

El ser costalero u horquillero es mucho más que meterse debajo de un paso, esperar a que el capataz dé la orden y cargar con él; es el sentimiento del trabajo compartido, es compañerismo: el tener muy claro que solo no lo puedes hacer, que tú únicamente contribuyes con tu esfuerzo para que el trabajo final resulte, y es el tener la seguridad de que a tu lado hay un compañero que, cansado o exhausto, siempre se hallará dispuesto a “apretar” un poco más para así aliviar tu carga, e igualmente claro que tú lo harás por él.

Es también fe y recogimiento, encerrarse en la oscuridad tras las faldillas, que apenas dejan pasar el aire para respirar, y meditar, hablar con Dios, compartir por unos momentos el sufrimiento que soportó su Hijo por nosotros, recordar a tus seres queridos y de modo muy significativo a aquellos que ya no están contigo, y sentir cómo en esos momentos te llegan nuevas fuerzas cuando ya creías desfallecer.

Es una forma de manifestar nuestro Amor a Dios y al prójimo, que se comprende plenamente cuando se es parte de la cuadrilla y se está debajo del paso, pero sobre todo cuando algún año por alguna razón no has podido estar.

Después de estas palabras en las que he tratado de manifestar mis sentimientos como horquillero, quisiera dirigirme en primer lugar a vosotros, costaleros de Ntra. Sra. de la Amargura, la cuadrilla más joven de la Hermandad y, sin embargo, la que más cambios ha sufrido, pasando de ir a la vista del público al anonimato, del varal a la doble trabajadera. Habéis conseguido con vuestro esfuerzo elevar a nuestra Virgen a lo más alto. Cada Miércoles Santo, cuando vuestras rodillas se deslizan por el portón de la Iglesia Parroquial, cuidando que la candelaria no roce siquiera el umbral, hacéis que todos los morados y el pueblo entero se conmuevan, y cuando la alzáis “*al cielo*”, ya en la calle, somos todos los que elevamos el corazón con vosotros, y con Ella. Luego, “*de costero*”, hasta enfilear la calle Jesús, que marcará el inicio de una larga andadura, de cambios de paso, de paradas y de “*levantás*”, de marchas y de “*chicotás*”, para de nuevo en el templo y con un ¡Viva la Virgen de la Amargura!, os despedís de Ella hasta el año que viene.

Apenas ha salido la Virgen de la Amargura los horquilleros del Cristo de la Misericordia están ya en sus puestos. Los corazones palpitando, las manos sudorosas, los nervios a flor de piel. **¡Vamos a hacerlo bien!**

El capataz comprueba que todos estáis y la campana que suena: “*vámonos al brazo*”, muy despacio; y después, con el varal ya en el hombro, os disponéis a iniciar la salida. Una vez en la calle, ¡imponente!, capaz de impresionar a los más fríos corazones. El paso muy corto, sin balanceo, la mirada serena, sabéis que Jesús “duerme” en su cruz sobre vuestros hombros y no queréis que despierte. *¡Cómo se “clava”!*, y sentís sobre la espalda lo que Él sintiera cuando lo clavaron en la cruz; pero os reponéis, ***¡vamos a meter hombro!***, sabéis que encima lleváis al Dios que sufrió por vosotros y vosotros sufriréis por Él.

Tres toques y “*ya estamos callaos*”; alguno que otro se ciñe aún la faja o se ajusta el costal . Los cuellos en las trabajaderas, y la “*voz de dentro*” que dice **¡vámonos!** El capataz grita ***¡a ésta es!***, los músculos se tensan, las manos se agarran al madero, se mete cintura, y al sonar el llamador sientes como el peso de la Madre de Dios cae sobre ti. Quieres aliviarla, sabes que no hay nada tan amargo como el dolor de ver sufrir y morir a un hijo, y quieres aliviarla porque comprendes que tu dolor no es comparable con el suyo.

Suavidad y cadencia, *¡que no bote!*, haced que el palio avance con Ella y que el fuego de la candelería ilumine su rostro y se torne Esperanza.

Sí, ¡ya hemos llegado!, el Hijo está enfrente, el encuentro tan esperado se ha producido; el paso “*arrastra*”, para irnos acercando poco a poco. **¡Vámonos de reverencia!**, dice el capataz, y la Madre se arrodilla ante su Hijo. Los riñones se parten **¡hay que aguantar, ya queda poco!** Hacia arriba al “*compás*” y otra vez de reverencia.

Cuando ya no te quedan fuerzas eres tú el que la veneras y, de rodillas, la devuelves al templo con la melancolía de tener que esperar un año más.

Finalmente, me dirijo a los horquilleros de Ntro. Padre Jesús Nazareno, mis compañeros, mi cuadrilla, el grupo de hombres con los que he compartido codo con codo, hombro con hombro, todas esas vivencias tantos años ya. Nuestro andar más largo, un poco más abierto y balanceado, tal y como hiciera el mismo Jesús cuando cargaba con el peso de la cruz. La gente se levanta a nuestro paso, miran la cara del Nazareno, miran la nuestra, sienten el esfuerzo y la emoción que a todos nos congrega. Suenan los acordes de “*Ntro. Padre Jesús*”, el trono flota sobre nuestros hombros, no notas el cansancio, los compases te van llevando, parece que el maestro Cebrian lo hubiera escrito para nosotros; alguien improvisa una saeta en un balcón,

**¡sobre el terreno!** Se hace el silencio, solo se oye un tambor y la voz desgarrada del saetero, y sigues, sigues “*meciendo*” hasta que las fuerzas casi te abandonan. De pronto, una llamada, el capataz ordena parar; el cuerpo vuelve a pesar, el hombro y la cintura a doler, y miras entonces hacia arriba y lo ves; el pelo ondeando ante la suave brisa de la noche, el rostro agradecido por haberle ayudado a llevar el peso cual Cirineo.

Y así, avanzando en este instante compartido, no quisiera eludir un compromiso de futuro, hacer presentes a las generaciones venideras, a esos niños que acompañan a sus padres al ensayo y que se empeñan en alcanzar el varal o la trabajadera, que quieren hacer sonar el llamador y la campana o, simplemente, se sitúan a nuestro lado llevando el paso. Son el futuro de nuestra Hermandad, el futuro de nuestras cuadrillas y de nosotros depende que su ilusión se mantenga viva. Hemos de tener la alegría y también la obligación de transmitirles este legado, el sentimiento que nosotros recibimos y que es lo que hace que la llama se mantenga encendida.

Y a vosotros, costaleros y horquilleros morados, os pido que, un año más, pongamos todo nuestro tesón en conseguir que las imágenes que portamos sean de nuevo la admiración del pueblo huercalense y de aquellos que nos visiten, que olvidemos nuestras rencillas, que participemos y disfrutemos día a día, sábado a sábado, ensayo a ensayo, contribuyendo así a que el esplendor de nuestra Cofradía, sea cada vez mayor; que en cada paso que demos se advierta nuestra ilusión, en cada “*levantá*” nuestra fuerza y en cada gesto de dolor nuestra fe y que, una vez realizado nuestro cometido podamos gritar con orgullo: **¡Vivan los costaleros y horquilleros del paso morado! ¡Viva el Paso Morado!**

Ginés Angel Esteban Oller.